

Tras la renuncia del papa Benedicto XVI

Poder en la Iglesia, poder de Jesús

Luis Ovando Hernández, s.j.



EFE

Que alguien consciente y libremente decida renunciar a la cuota más elevada de poder tal y como se expresa en una determinada institución, favorece a que abriguemos cierta esperanza a propósito del ejercicio del poder en la Iglesia entendida como Pueblo de Dios

La sorprendente renuncia de su santidad Benedicto XVI ha logrado remover de tal modo los cimientos mismos de la institución que encabeza, que ha llevado a diversos sectores a escrutar los distintos aspectos que componen el constructo que es la realidad eclesial. Sin grandes pretensiones de parte nuestra, deseamos abordar la cuestión del poder de la Iglesia católica en cuanto realidad social, es decir, queremos responder al interrogante de si la renuncia del Papa supone el reconocimiento explícito de una disminución del poder *de facto* que la Iglesia ostenta, o si, contrariamente, ha aumentado su capacidad de incidencia allí donde hace acto de presencia.

EL PODER

Por lo que respecta al *poder* como realidad, lo podemos concebir, a *grosso modo*, en dos direcciones. La primera nos dice que poder es una capacidad o aptitud que posee el ser humano: el poder expresaría entonces las energías reales, concretas, de las personas. Ellas poseerían este poder como un bien propio de su ser personas (quien es *poderoso* en estos términos nunca subyuga, sino que *irradia* sus virtualidades y, consiguientemente, *atrae* a otros hacia sí, a ejemplo de Jesús que ejercía el poder de esta manera), o bien lo poseerían por *concesión* (en este sentido, *poderoso* sería sinónimo de *apto* para cumplir una tarea, por ejemplo, los discípulos que reciben la tarea de parte de Jesús de predicar el Reino).

La segunda acepción señala que el poder es la capacidad que tiene un individuo o un grupo de imponerse sobre personas, colectivos e inclusive sobre cosas. Cuando nos referimos al poder como irradiación y atracción estamos hablando de que quien es captado por este centro no se siente ahogado, sino que es habilitado para propiciar dinamismos positivos para sí y en favor de otros. Quien ejerce el poder de esta manera procura el crecimiento de los otros distintos de él, y los otros le reconocen de buena

gana el poder que posee. Sin embargo, existe otra manera negativa de ejercer el poder, comprobable cuando el poderoso hace uso de sus energías desnudamente, para someter, suprimir y subyugar a personas y pueblos. El poder así ejercido mira exclusivamente al acaparamiento de más seres por parte del *fuerte*; el resultado de este tipo de relaciones se decanta o bien por una sumisión que despersonaliza a los seres humanos sometidos, o bien por una resistencia que genera un espiral de levantamientos y represión.

El poder de la Iglesia católica tiene su origen en el poder de Jesús de Nazaret, y en la forma atractiva en que lo ejerció, cual rey-pastor. No obstante, y a medida que fue encarnándose más en las realidades donde le tocó hacer acto de presencia, la Iglesia desvirtuó este legado, llegando incluso en etapas históricas bien concretas a ejercer bestial y anticristianamente el poder que llevaba entre manos. Se trata de momentos históricos donde Nuestra Madre la Iglesia ocultó más a Dios, en lugar de mostrar su rostro lleno de bondad.

A partir del Concilio Vaticano II (1965), ha habido un *giro copernicano* en el grueso de la institución eclesiástica que, concebida fundamentalmente como Pueblo de Dios, ha procurado volver al ejercicio originario del poder, siguiendo las huellas de Jesucristo. Este estilo ha dado sus frutos en Cuba, donde la humilde presencia de una Iglesia de catacumbas, aunada a la visita de los pontífices y la solidaridad de otras comunidades, dan pie a una cierta apertura y al diálogo; lo mismo vale para Colombia, donde la intermediación de la Iglesia en el tema de la violencia tiene su peso específico y nos indica que el *poder* desde el que esta se presenta no es el del que arrasa la plaza colocando las cosas en su lugar, sino el propio de quien acerca a las partes en conflicto, las acompaña, lima asperezas, propicia alternativas. Es una vía larga y difícil, pero evangélica.

No existe una vacuna contra la mezquindad del corazón, es decir, contra la radical cerrazón de nuestro ser a Dios y a los demás, y la adhesión consciente a las miserias de nuestra condición humana, a las estructuras sociales esclavizadoras y al crecimiento del propio ego. Ni el Santo Padre, ni el Vaticano ni la Iglesia católica son ajenos a estas realidades humanas. Sin embargo, que Joseph Ratzinger renunciara el pasado miércoles 27 de febrero de 2013 al pontificado, se eleva como un signo que da que pensar. Que alguien consciente y libremente decida renunciar a la cuota más elevada de poder tal y como se expresa en una determinada institución, favorece a que abriguemos cierta esperanza a propósito del ejercicio del poder en la Iglesia entendida como Pueblo de Dios.

La pérdida de privilegios o de un modo insano de ejercicio del poder ha colocado –paradó-

ticamente– a la Iglesia en una situación nada desdeñable, pues una vez librada de semejante fardo puede al fin acercarse evangélicamente a realidades de las que por una razón u otra se ha alejado, o se la percibe apartada.

UN NUEVO COMIENZO

Todo comienzo abriga siempre la esperanza de que lo que se inicia será mejor. La elección de un nuevo pontífice es un motivo de peso para que la Iglesia católica aborde, con la valentía propia que da la fe, ciertos temas ya pendientes desde hace un buen tiempo en su agenda pastoral, pero también como estructura eclesial. En primer lugar, señalaríamos retomar el diálogo con el mundo, concebido este de modo como lo hace el evangelista Juan, es decir, como el objeto privilegiado del amor de Dios. Urge no perder mínimamente el contacto con las distintas realidades y culturas que componen la realidad, para que llevando a todos estos espacios la Buena Nueva del Evangelio, vivamos la experiencia salvífica que este contacto nos depara. En segundo lugar, volver a insistir en la profundización de una pastoral con divorciados, separados, vueltos a casar civilmente y todas las temáticas que se desprenden de la moral sexual. Hoy día no es concebible que los patrones por los que nos movemos en este ámbito daten de más de cuarenta años; el magisterio eclesial –con el Sumo Pontífice a la cabeza– ha de tomar en cuenta avances y necesidades presentes en este campo. En tercer lugar, está el punto de la reconsideración radical del ministerio ordenado, atendiendo a la posibilidad real del surgimiento de nuevos modelos. El sacerdocio como lo conocemos en la actualidad no surgió monolíticamente, sino que se fue configurando con el correr de los tiempos, añadiendo o eliminando realidades que no estuvieron presentes en su origen.

Ahora bien, y es nuestra última consideración, el modelo que se posea del sacerdote está directamente relacionado con el modelo que se tiene de la Iglesia. Si la Iglesia católica ha perdido en la práctica el ejercicio malsano del poder, entre otras razones, porque ya ni individuos ni sociedades se lo permiten –y esto lo vemos como un hecho positivo–, entonces es la ocasión justa, el momento propicio para abrirse aún más, para ser más versátil, dialogante, evangélica en definitiva. Señalamos estos cuatro aspectos, como retos que se colocan ante la Iglesia que será conducida por el nuevo Papa, no porque sean los únicos, sino por limitaciones de espacio. Quedan, gracias al cielo, todavía muchas tareas pendientes por tocar.

*Teólogo. Profesor del Instituto de Teología para Religiosos.